

después volvió poco á poco á su estado ordinario. La mañana en que encontrándose algo aliviado se sintió con fuerzas bastantes para subir al castillo de Popa á respirar la brisa del mar, tropezó con las cartas al registrarse los bolsillos; ¡cuatro días que las guardaba allí sin leerlas! Abriólas, y empezó la lectura con la de su esposa, pero para enterarnos de su contenido, y mejor inteligencia, conviene que traslademos antes la que Pablo escribió á la condesa al abandonar á Paris.

Carta de Pablo de Manerville á su esposa.

«Natalia querida: Cuando leas esta carta ya estaré lejos de tí; quizás á bordo del buque que me lleve á la India á rehacer mi abatida fortuna. No me he sentido con fuerzas bastantes para anunciarte mi partida; te he engañado, pero era necesario. Inútilmente te hubieras afligido; no hubieras vacilado en sacrificar tu fortuna. No sientas este remordimiento, mi Natalia, que así no pesa un dolor mas sobre mi corazón. Cuando yo regrese millonario, como tu padre, imitaré su proceder para con tu madre, depositaré toda mi fortuna á tus

piés, diciéndote: Tuya es. Te amo con locura, Natalia: te lo digo y te lo repetiría mil veces sin temer que aumentases el imperio sin límites que sobre mí ejerces desde que te conocí. Este temor solo lo experimentan los seres débiles. Mi amor es el único cómplice de mi desastre. Mi ruina progresiva me ha dejado percibir los delirantes placeres del jugador. Mis goces iban aumentando á medida que disminuía mi fortuna. Cada fragmento de mi caudal convertido en un placer tuyo, me causaba una celeste embriaguéz. Te hubiera deseado aun mucho mas caprichosa; yo sabia que marchaba hácia un abismo, pero corría á él con la alegría en el alma, con un placer desconocido para los seres vulgares. He obrado como esos amantes que van á encerrarse por espacio de uno ó dos años en una casita, á las orillas de un lago, con el propósito de suicidarse despues de haberse sumergido en un Océano de placeres, estinguéndose en la plenitud de la gloria de sus ilusiones y de su amor. He juzgado siempre á seres semejantes admirablemente cuerdos. En cuanto á tí, nada sabias acerca de mis placeres

y de mis sacrificios; ¿por qué no es el mayor de aquellos el que resulta de ocultar al objeto amado el precio de lo que desea? Al presente puedo declararte estos secretos, pues me encontraré ya muy lejos de tí cuando leas estas líneas, que son otros tantos pedazos de mi corazón. Perderé los tesoros de tu agradecimiento, pero no sentiré la cruel contracción que experimentaría al hablarte de estos asuntos. Además, amada mía, ¿no es verdad que hago bien en revelarte los secretos del pasado, pues que así afianzamos nuestro amor para lo porvenir? Tenemos por ventura necesidad de estímulos? No son innecesarias ya las pruebas en nuestro purísimo amor, para el cual no existen ni el tiempo ni las distancias? ¡Ah! Natalia mía, acabo de verte dormida, en actitud confiada, con el aspecto de una inocente niña, estendiendo tus manos hácia mí. He dejado depositada una lágrima sobre el almohada confidente de nuestros mas íntimos goces, y parto sin temor, con la fé que me inspira tu actitud; parto con el fin de conquistar el reposo, al conquistar una fortuna bastante considerable,

para que ninguna inquietud turbe ya nuestros placeres, y con la que pueda satisfacer tus gustos todos. No nos sería dable el prescindir de los placeres de nuestra vida actual. Soy hombre, y tengo valor. Tócame á mí solo el deber de labrar esa fortuna que nos es indispensable. Hubieras querido quizás seguirme, mas no te diré el nombre del buque, ni el punto y día de mi partida. Te lo anunciará un amigo cuando esté ya efectuada. ¡Oh! Natalia mia, mi afecto hácia tí no tiene límites; te amo con la vehemencia con que una madre ama á su hijo, como el amante á su prometida, sin ninguna mira interesada. Para mí las fatigas; los goces para tí; sufra yo, con tal de que seas tú dichosa. Diviértete mucho, no renuncies á tus hábitos de lujo, asiste á los Italianos, á la Opera, á los bailes, frecuenta el gran mundo; por todo ello yo te absuelvo de antemano. Angel mio! cuando tú vuelvas á ese nido donde hemos saboreado los frutos de cinco años de amor, piensa en tu amigo, piensa un solo momento en mí; he ahí todo lo que yo te pido. Cuando yo perdido bajo un ardoroso cielo tra-

bajando para los dos, encuentre obstáculos que vencer, ó que fatigado descanse en la esperanza de volver, pensaré, ¿cómo no? en tí, que eres mi vida entera; me diré que vives sosegada, tranquila, y que eres feliz. Así, como tenemos vida de luz y vida de sombra, del mismo modo tendré mi existencia de flores en Paris, mi existencia de trabajo en mi destierro. Tendré mis recuerdos y repetiré canto por canto ese hermoso poema de cinco años; recordaré los días en que tanto brillabas, en que ya con tus adornos, ya con tu descuidado traje, siempre aparecias seductora y gentil á mis miradas. El pasado, angel mio, será para mí como el sueño de deseos que precede á la posesion. Volveré para encontrar otra muger; ¿no te prestará la ausencia nuevos encantos? Oh, bello amor mio! que yo sea una religion para tí! Sé siempre la niña que he mirado dormida! Si engañases mi ciega confianza, Natalia, no tendrías que temer mi cólera, no, pero moriría silenciosamente. Pero no, la muger no engaña al hombre que la abandona libre como el pájaro en el aire; su corazón es noble. Quizás se

burlase de un tirano, pero renuncia á una traición fácil y que mataría al esposo engañado. No, no quiero pensarlo. Gracias por este grito tan natural en el hombre. Idolo mio, verás á Marsay, que en apariencia será el inquilino de nuestro hotel, pero que te lo cederá. Este arrendamiento simulado, era necesario para evitar pérdidas inútiles. Los acreedores, ignorando que su pago será cuestion de tiempo tan solo, quizás se hubieran arrojado sobre el mobiliario y el usufructo del hotel. Sé buena para con Marsay, pues tengo la confianza mas completa en su talento y en su lealtad. Tómale por tu defensor y tu consejero, que por quehaceres que tenga, siempre estará á tus órdenes. Le he encargado que cuide de mi liquidacion. Si te adelantase alguna suma, de la cual tuviese necesidad mas tarde, confio en que se la devolverás. Piensa que no he dicho que Marsay haya de velar sobre tí, sino tú misma: al indicártele, no te le impongo; ¡Dios mio! es imposible que te hable de negocios; tan solo me resta una hora de estar á tu lado. Cuento tus aspiraciones, procuro adivinar tus pensa-

mientos en los accidentes de tu sueño, tu tranquila respiracion me recuerda las floridas horas de nuestro amor. A cada latido de tu corazon, el mio te envia todos los tesoros de su amor, deshojo sobre tí todas las flores de mi alma como las esparcen los niños ante los altares de Dios el dia del Señor. Te recomiendo á los recuerdos que te dedico, quisiera poder inyectar en tus venas parte de mi sangre para que fueses completamente mia, para que tu pensamiento fuese mi pensamiento, tu corazon el mio, y poder vivir todo en tí. Ahora has dejado escapar un murmullo como enviándome una dulce respuesta. Procura estar siempre tan hermosa y tranquila como en este momento. ¡Oh! quisiera poseer ese fabuloso poder que leemos en los cuentos de hadas, para mandar que no se viese interrumpido el dulce sueño de que gozas durante mi ausencia, y tornarte á la vida á mi vuelta con un beso. ¡Cuánta energía es necesaria, y cuán grande debe ser mi amor para encontrar fuerzas bastantes á separarme de tí, mirándote como te miro! Adios, amada mia: hé aquí á tu triste *fleur des*

pois arrastrada por el viento de la tempestad, pero confiada en que volverá, conducida por la Fortuna. Adios, mi Natalia; mas no, no quiero decirte adios, pues no te abandonaré jamás. ¿No has de ser tú el alma de todas mis acciones? No dirigirá mis pasos, no me animará en la empresa que acometo, la esperanza de proporcionarte una indestructible felicidad? No serás tú siempre, siempre, la imágen inseparable de mi espíritu? Ah! no será por cierto el sol de la India el que alumbrará mi ausencia; lo será sí, el fuego de tu mirada resplandeciente. Sé tan dichosa como puede serlo una muger separada de su amante. ¡Ah! no hubiera querido limitarme en la hora de despedida á imprimir un beso en tu frente, beso que no podías pagarme en tu tranquilo sueño, pero me era tan doloroso interrumpirlo! Cuando despiertes, angel mio, encontrarás una lágrima en tu rostro; haz de ella un talisman. Piensa, piensa siempre en el que tal vez por tí muera en lejana tierra; piensa menos en el esposo, que en el apasionado amante que te abandona, confiándote tan solo á tí misma y á Dios.»

Contestacion de la condesa de Manerville á su esposo.

«¡En qué afliccion me ha puesto tu carta, bien mio! ¿Tenias acaso el derecho de tomar sin consultarme, una resolucion que nos afecta á ambos, igualmente? Eres libre por ventura? No me perteneces? No soy yo medio criolla y podia por lo mismo seguirte sin dificultad? ¡Ah! tu conducta me prueba que no me juzgas necesaria. Qué te he hecho, Pablo mio, que así me privas de mis derechos? Cómo consideras que pueda vivir sola en Paris? Angel querido, tú quieres ser el único responsable de mis propias culpas. ¿No contribuí yo tambien á